

DISFRAZ DE HÉROE

JOSAN HATERO



edebé

periscopio

DISFRAZ DE HÉROE

JOSAN HATERO

DISFRAZ DE HÉROE



edebé

© Josan Hatero, 2018

© Ed. Cast: Edebé, 2018

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Diseño de la colección: Book & Look

Fotografía de cubierta: Shutterstock

Fotografía del autor: Álex Hinojo

1ª edición, febrero 2018

ISBN: 978-84-683-3398-4

Depósito legal: B.25048-2017

Impreso en España

Printed in Spain

EGS- Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. La maldición de la belleza	7
2. Cómo acabar con un dragón.....	15
3. Tipos de maldad	35
4. Las fugas de Gentiana	47
5. Duelo de espadas	65
6. Aprender la soledad	87
7. Tristán está cansado de ser hijo único.	91
8. La amenaza del dragón	95
9. Chico conoce a chica.....	105
10. Disfraces	113
11. Encerrados en una jaula	121
12. La historia de Córax y la sirena	127
13. La fealdad de la culpa	137
14. Céndric pierde el norte	139
15. El peor de los miedos	147
16. Un cumpleaños grabado en madera .	155
17. La mano de Gentiana	161

1. La maldición de la belleza

Chico conoce a chica. La chica resulta ser una princesa y hay un dragón que la quiere devorar. Hasta aquí, la historia puede que te resulte familiar, pero las cosas no siempre son lo que parecen; las apariencias suelen engañar.

Además, nos estamos adelantando demasiado. Mejor empezamos esta historia por el principio, por el nacimiento de la princesa, a la que pusieron por nombre Gentiana porque sus ojos eran despiertos y de un azul tan intenso como la flor que así se llama.

Gentiana resultó ser una niña tan hermosa que su simple presencia afectaba a la gente. Lo cual resultaba un problema. Los criados de palacio se quedaban absortos mirándola y descuidaban sus tareas. Y los soldados, al cruzarse con ella, se caían de los caballos o soñaban despiertos con tener algún día un hijo lo bastante guapo para casarse con la princesa y, de esa forma, llegar a estar emparentados con ella.

Para evitar que su hija creciera siendo vanidosa, los reyes decidieron que Gentiana no saliera de palacio y que permaneciera al cuidado de un criado ciego y de un ama cuyo carácter era amargo como el vinagre y por ello no se sentía impresionada por el aspecto de la niña, pues ya se sabe que solo los pobres de espíritu no se conmueven ante la belleza.

El día que cumplió quince años, en todo el reino de Valleazul se organizaron festejos en su honor. En los balcones de la ciudad se colgaron tapices rojos porque se decía que ese era el color favorito de la princesa, y las calles se cubrieron de rosas, rojas, por supuesto. Para la celebración se mandó traer un circo que contaba con dos tigres blancos amaestrados que saltaban entre aros de fuego y se llamó a una orquesta cuya música era tan alegre que conseguía que incluso las abuelas bailaran hasta perder los zapatos. La ocasión lo requería. Cumplir quince años es un momento importante para cualquier chica, en especial si se trata de la futura reina.

Desde primera hora de la mañana, los cocineros de palacio estuvieron cocinando un

festín a base de sofisticados manjares que repartían entre la gente de la ciudad, como sopa de pez volador, cangrejo real relleno de caviar rojo y tortillas de huevos de un pájaro gigante que vivía en una isla allende los mares.

Cuando cayó la noche, los fuegos artificiales estaban listos para ser lanzados y la gente, ansiosa por ver a la princesa. Y no era de extrañar, ya que hasta entonces nadie fuera de palacio la había visto jamás.

Sonaron las trompetas y Gentiana salió al balcón a saludar. Conviene precisar que el castillo, aunque ocupaba una gran extensión y contaba incluso con un jardín interior que a su vez contenía un pequeño zoo, no era muy alto. Y no era un castillo muy alto porque el monarca que lo ordenó construir, el rey Marlon, tatarabuelo de Gentiana, era muy bajito y le daban miedo las alturas. Por tanto, cuando Gentiana se asomó al balcón, los ciudadanos no la vieron como un punto lejano en las alturas, sino que estaba a tan solo tres o cuatro metros, tan cerca que podían apreciar el intenso azul de sus ojos y la perfección de su sonrisa y su piel blanca como la flor del almendro y su si-

luta que recordaba a un reloj de arena y cómo su espesa cabellera color miel se mecía con el suave viento nocturno. Y fue en ese momento, incluso antes de que pudiera abrir la boca para dar las gracias, cuando se desató la locura.

Cualquier médico te dirá que la belleza extrema puede afectar a las personas más sensibles, llegando a provocarles el desmayo. Y, en efecto, al ver a Gentiana mucha gente se desplomó como golpeados en la cabeza por un martillo invisible. Pero eso no fue lo único que pasó. Hubo chicas que rompieron a llorar y corrieron a sus casas a encerrarse porque pensaron que ningún muchacho se fijaría en ellas después de ver a la princesa. Y no les faltaba razón, porque muchos chicos corrieron también a sus casas, pero dispuestos a aprender a leer y a escribir, ansiosos de plasmar en poemas los sentimientos que se habían despertado en sus corazones. Otros se apresuraron a componer canciones, con sus violines o acordeones, que ensalzaran la hermosura de Gentiana. Hasta los niños se acercaron al arroyo para lavarse y peinarse, y les preguntaron a sus madres qué hacía falta para llegar a ser príncipe y poder

así conocer a la princesa. Algunos ancianos maldijeron sus cuerpos gastados porque sabían que no tenían ninguna oportunidad de impresionarla. Un par de ladrones se entregaron de forma voluntaria a las autoridades y clamaron que querían cambiar de vida, tanto les afectó la visión de Gentiana. Incluso hubo un hombre que subió todas sus pertenencias a su carro y se marchó de la ciudad porque no podía soportar la idea de vivir cerca de alguien tan bello.

Para calmar los ánimos, enseguida el rey ordenó a su hija que volviera a entrar en palacio.

—Lo siento, querida, pero me temo que es mejor para todos que te mantengas tras estas murallas por un tiempo más —dijo el rey.

—Pero, padre, ¿por cuánto tiempo? —preguntó Gentiana, a quien no entusiasmaba la idea de seguir viviendo encerrada.

—No lo sé, hija —se encogió de hombros el rey—. Dicen que los extremos se tocan: tu belleza es tan sublime, tan única, que te iguala a un monstruo. Y, como a un monstruo, es mejor tenerte encerrada.

—Pero, padre, ¡eso no es justo! —protestó Gentiana a punto de echarse a llorar—. Po-

dría cortarme el cabello como un muchacho y cubrirlo con un sombrero feo. Y podría vestir harapos y mancharme la cara y las manos de barro. Así seguro que nadie se fijaría en mí.

—¿Te has vuelto loca, muchacha? ¿Es que quieres espantar a tus futuros pretendientes? Algún día, pronto, tendré que casarte. El nuestro es un país pequeño y necesitamos que te cases con un príncipe importante que así se vea obligado a proteger nuestros intereses.

Así es como hablaba el rey. Como casi todos los mandatarios, confundía sus propios intereses personales con los de su país y creía que todo el mundo debía servir a sus propósitos sin discusión.

—¡Pues andas listo! —dijo Gentiana—. No pienso casarme nunca, y si algún día un príncipe se atreve a venir a pedir mi mano, pienso morderle la suya —y se marchó corriendo a su alcoba.

Sin embargo, tanto daba la negativa de la princesa a prometerse en matrimonio, porque desde esa noche la belleza de Gentiana se convirtió en legendaria, y esa leyenda pronto se extendió por todo el reino; y después, por los

países vecinos, hasta que llegó a los oídos del príncipe Céndric... Pero un momento, un momento, me temo que estoy adelantándome demasiado otra vez. Creo que ya es hora de que conozcas al héroe de esta historia. Aunque si Tristán hubiera escuchado a alguien referirse a él como un héroe, le hubiera entrado tal ataque de risa que terminaría por dolerle la cara de tanta carcajada.